



Comprender
Palestina/Israel

Doc. de trabajo

Herramientas para el análisis de la cobertura del conflicto palestino- israelí en medios

Autores:

Fernando Adrover y Leandro Lereté Llamosa

Año: 2026



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Prorectorado
de Investigación

Herramientas para el análisis de la cobertura del conflicto palestino-israelí en medios

Consideramos que, de cara al abordaje de la cobertura en medios uruguayos del conflicto palestino-israelí, es preciso plantear los aportes de estudios que constituyen antecedentes importantes.

Cobertura de la Segunda Intifada en el marco del ascenso de la islamofobia global

Un primer conjunto de trabajos relevantes es el conformado por los estudios acerca de la cobertura de la Segunda Intifada (2000-2005). Estos trabajos son importantes en varios sentidos. En primer lugar la Segunda Intifada constituyó un parteaguas en el abordaje del conflicto, en directo contraste con lo que pudo constatar en el período de la Primera Intifada y el posterior proceso de Oslo.

Del mutuo reconocimiento al no reconocimiento y el unilateralismo

La invasión al Líbano y las masacres de Sabra y Chatila primero, y la respuesta militarizada a la insurrección civil en los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania – conocida como Primera Intifada– desde 1987, produjeron un cambio en la conceptualización de lugar de Israel en la región, tanto a nivel internacional como interno. La narrativa sionista desde 1948 se había construido en base al mito fundacional de Israel como una nación democrática y pacifista asediada por un mundo árabe monolítica e irreductiblemente hostil –el mito de la “fortaleza asediada”–, y embarcado por tanto en una guerra defensiva por su supervivencia que le había sido impuesta ([Flapan, 1987](#)). Sin embargo, la guerra del Líbano había mostrado a Israel como una potencia interventora o agresora, cómplice en la perpetración de crímenes de guerra, tanto para espectadores internacionales como para ciudadanos israelíes que se movilizaron masivamente en repudio a las masacres de Sabra y Chatila. La Primera Intifada, por su parte, fue conceptualizada mayormente como una insurrección civil frente a un ocupante, que dio una respuesta militar desproporcionada a un levantamiento desarmado que no constituía

una amenaza militar, incluyendo en esa respuesta castigos colectivos contra la población civil. Este abordaje fue popularizado por medios occidentales, que colaboraron en sedimentar algunas imágenes icónicas que pasaron a asociarse con la memoria de la Intifada, en particular la de los jóvenes o niños atacando con piedras a los vehículos militares israelíes. Esto llevó al convencimiento de una parte de las élites políticas y militares israelíes de que la respuesta a la Intifada no podía ser de tipo militar, sino que debía ser política e implicar el reconocimiento de un representante del pueblo palestino como interlocutor legitimado, en un proceso de negociación sobre la base de una solución de dos Estados, atada a las necesidades de seguridad de Israel ([Grinberg, 2011](#)). Este interlocutor fue la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), que desde 1974 había transitado por un proceso de moderación de su plataforma política y la aceptación de la solución de dos Estados. Sobre esas bases de mutuo reconocimiento se inició en 1993 el proceso de paz de Oslo.

El fracaso de la cumbre de Camp David en el año 2000, tras cuatro años de estancamiento del proceso de paz, cerró el ciclo abierto por los acuerdos de Oslo de 1993. Esto marcó el inicio de la Segunda Intifada. El discurso israelí sobre este proceso puede resumirse en los siguientes términos: el gobierno de Ehud Barak presentó a los palestinos en Camp David una “generosa oferta”, la mejor que podía esperarse, pero Yasser Arafat la rechazó de plano e incitó a continuación la Intifada con el objetivo de lograr mediante la violencia lo que no podía lograr por medio de la diplomacia. En esta maniobra demostró su poco compromiso con la paz y su intransigencia en la exigencia de términos poco realistas para las negociaciones, e incitó a la violencia a los sectores más radicales del nacionalismo palestino a los que nunca había estado dispuesto a contener –Tanzim, Yihad Islámica, Hamás–. Por esta razón, Israel no tenía un socio viable para la paz y debía tomar previsiones unilaterales para su seguridad, en un contexto de escalada de la violencia terrorista. Sharon, sucesor de Barak, presentó el combate a la Intifada como parte de la lucha global contra el terrorismo¹ llevada adelante por Occidente tras los atentados del 11 de setiembre de 2001 en Estados Unidos, y el gobierno de Bush –aunque con reticencias iniciales– aceptó este encuadre del conflicto. Este discurso permitió legitimar a nivel

¹ Sobre este punto existe un interesante análisis del discurso de la “guerra contra el terror” del gobierno de George Bush, que revitalizó una visión del mundo mesiánica y maniquea –agotada tras el fin de la Guerra Fría– con referencias religiosas explícitas. Steven Brydon (2022) sitúa su análisis de esta retórica en una obra de largo aliento sobre la propaganda y los discursos de legitimación de las guerras estadounidenses desde 1898.

interno e internacional la política unilateral desplegada por el gobierno de Sharon: ocupación militar de las ciudades bajo gobierno de la Autoridad Palestina desde los acuerdos de Oslo II (1996) –Operación Escudo Defensivo– y fijación unilateral de las fronteras con anexión de territorios palestinos –construcción de la “valla de seguridad” o muro en Cisjordania–. El corolario de este proceso fue el retiro –“plan de desconexión”– y bloqueo de las fronteras de Gaza. Sobre estos procesos puede encontrarse una síntesis en este texto ([clic para ver](#)).

La popularización de la narrativa de la “ausencia de socio” y la legitimación del unilateralismo israelí se han convertido en estructurantes de lo que se conoce como *hasbará*, estrategias de propaganda internacional de Israel a través de los voceros estatales y organizaciones activistas trasnacionales con diversos grados de vínculo formal con el Estado ([Pozas, 2012](#)).

En su libro *Intifada hits the headlines*, Daniel Dor (2004) analiza el proceso de construcción de un set de creencias socialmente compartidas generadas en Israel durante la Segunda Intifada, que llevaron a su consideración como parte de un conflicto perpetuo e intratable. Estas creencias implicaban la concepción de los objetivos propios como justos, la necesidad vital del mantenimiento de la seguridad, la deslegitimación del otro como malintencionado o irracional, comprometido con la violencia, procesos de victimización y legitimación de la violencia israelí en respuesta, la consolidación de un llamado a la unidad nacional y el compromiso patriótico por sobre las diferencias políticas, y la reafirmación de la autoimagen de una nación comprometida con la paz. Dor afirma que la cobertura de los medios tuvo un impacto sustancial en la construcción de esas creencias sociales, en tanto presentaron a Arafat como quien orquestó la Intifada a pesar de las evidencias que apuntaban a diversos focos espontáneos de levantamiento, presentaron al pueblo palestino como irracional y malevolente, contribuyeron a la victimización israelí y el discurso de unidad nacional, marginando la información sobre las protestas propalestinas en Israel y su represión como el enfrentamiento de una “quinta columna”. El autor identifica el abordaje de la prensa como apocalíptico y emocional, y advierte la distancia entre la información aportada por los reporteros en el terreno y el encuadre editorial de los diarios. Considera que los editores tenían sus propias agendas y se adjudicaban la labor de presentar al público el panorama completo (“big picture”) por encima de la información fragmentaria de los periodistas. En ese encuadre, los editores se nutrían tanto de las narrativas oficiales como de las más sensacionalistas de otros

medios (en particular la televisión), con un sesgo que reprodujo la visión del conflicto del gobierno de Ehud Barak. Dor sostiene que el hecho de que un gobierno laborista adoptara el lenguaje de la derecha sionista sobre el conflicto (lo que constituye un viraje histórico y al mismo tiempo un factor de desconcierto) debilitó las precauciones de los medios, tradicionalmente más vigilantes y críticos con los gobiernos revisionistas (como el de Netanyahu). Asimismo, reiteradamente ante el cotejo de datos de fuentes palestinas e israelíes, se publicitaron estas últimas frente a temores de las reacciones tanto del gobierno como del público en un contexto de radicalización política.

La concepción israelí de esta nueva etapa del proceso tuvo eco en Europa y Estados Unidos. El gobierno de Bill Clinton secundó la narrativa de la responsabilidad de Arafat por el fracaso de Camp David y la ausencia de un “socio” para la paz.

Un estudio pionero sobre este impacto en Occidente fue el ensayo de los periodistas franceses Joss Dray y Denis Sieffert (2004), publicado originalmente en 2002 en pleno desarrollo de la Segunda Intifada. Los autores estudian la información sobre este fenómeno como la arena de un conflicto que trasciende lo militar y lo diplomático, para situar la batalla por la información como un aspecto especialmente relevante en una época de globalización de los medios. Distanciándose de nociones ingenuas de objetividad, se proponen “analizar en qué condiciones la prensa [occidental] ha cedido o resistido a la ofensiva ideológica lanzada por el círculo de Ehud Barak” (p. 19). Buena parte del libro se dedica a analizar cómo los medios franceses aceptaron y reprodujeron la narrativa israelí sobre el fracaso de Camp David, la “generosa oferta”, la “ausencia de socio” para la paz y la demonización de Arafat. Estos autores identifican algunos patrones que otros estudios en los años posteriores desarrollaron con mayor sistematicidad. Identifican la presentación parcial de los hechos y la omisión de determinados acontecimientos en prácticas que no dudan en señalar como desinformación. También advierten la construcción de narrativas que, tomando un punto de partida arbitrario, eliminan el contexto histórico necesario para comprender los acontecimientos. Asimismo, señalan mecanismos algo más sutiles, como la utilización de datos verdaderos en el marco de interpretaciones engañosas, la presentación de falsas equivalencias o el uso ambiguo de conceptos. La omisión del contexto, la equiparación de los actores, el borramiento del contexto histórico, el uso poco riguroso del concepto *antisemitismo*, el uso de la voz pasiva o las estrategias disímiles de presentación de los protagonistas, aparecen también como parte de las observaciones de los autores.

Otra obra particularmente influyente sobre la forma en que esta perspectiva se reflejó en los medios estadounidenses es la de Howard Friel y Richard Falk (2007) sobre el New York Times. Los autores sostienen que el gobierno estadounidense influyó poderosamente en la opinión pública e instaló su narrativa, que fue replicada por el New York Times con pocas variaciones: en sus páginas se presentó la narrativa de la “generosa oferta” de Barak y el rechazo intransigente de Arafat, se encuadró la violencia política tras el fracaso de Camp David como parte de una dinámica de acción-reacción en la que Israel adquiriría un rol defensivo, y se mostraron dobles estándares en la consideración de las violaciones al derecho internacional. Con esto último se soslayó la importancia de cuestiones como el derecho a la autodeterminación y los derechos territoriales palestinos, la cuestión de los refugiados y los reclamos de soberanía sobre Jerusalén, así como lo vinculado a los castigos colectivos sobre la población sometida a ocupación, entre otras violaciones a derechos humanos y crímenes de guerra.

Por su parte, en otro análisis de la cobertura en la prensa estadounidense, [Amani Ismail \(2008\)](#) identifica algunos encuadres que también guardan relación con lo analizado por Daniel Dor. La Segunda Intifada es presentada, según la autora, como fruto del choque de identidades primordiales, de “odio tribal” y en especial del despliegue de la violencia irracional del terrorismo. Ante todo, Ismail identifica un uso intercambiable de árabe, palestino y musulmán en la identificación de los actores, lo que abona la confusión entre sectores laicos e islamistas del nacionalismo palestino y favorece la asociación del conflicto con el factor religioso y, por ende, la irracionalidad. Asimismo, advierte el uso extendido de la etiqueta “terrorismo” para identificar a los protagonistas palestinos del levantamiento, incluso relevando casos de parafraseo de citas a fuentes de Hamas en los que los términos “terror” o “terrorismo” se incrustan y asocian a las palabras del protagonista. Encuentra también receptividad al argumento oficial israelí de una violencia instigada desde arriba por las organizaciones palestinas.

Este encuadre de la Segunda Intifada, que adjudicó a los palestinos una violencia irracional asociada al terrorismo islamista y aceptó la autoimagen israelí de nación en peligro y en actitud defensiva, no puede disociarse de la extensión de la islamofobia en el mundo occidental. Este proceso de cambio en la cultura política es analizado por Sahar Aziz y John Espósito (2024), quienes lo asocian al fortalecimiento de los nacionalismos étnicos y el ascenso de un “populismo de derecha” en Europa y Estados Unidos, e incluso en otros países como la India. No debe pasarse por alto el hecho de que la popularización

de interpretaciones académicas del mundo pos-Guerra Fría, a menudo tributarias de las tesis de Samuel Huntington (2001) sobre el “choque de civilizaciones”, han provisto a los discursos islamófobos de cierto barniz intelectual. Sobre este problema reflexiona, por ejemplo, Rashid Khalidi, uno de los historiadores palestinos más relevantes de la actualidad ([Shohat, 2004](#)).

En síntesis, el cambio en la conceptualización del conflicto implicó su presentación como uno “intratable”, lo que implicó naturalizar la respuesta militar como su forma de resolución. Eso contrasta con el período anterior en el que se priorizó el camino de la solución política. Por otra parte, se pasó del reconocimiento de un interlocutor legítimo en las negociaciones a partir de Oslo, al no reconocimiento de las aspiraciones y las estrategias de las organizaciones palestinas como legítimas. A eso debe sumarse que luego de la muerte de Arafat en 2004 (considerado el responsable último del fracaso de Camp David) y la victoria de Hamas en las elecciones de 2006 comenzó a ser más usual la consideración de la parte por el todo, esto es, la identificación de los palestinos con Hamas y el borramiento de la diversidad política dentro del nacionalismo palestino.

La contranarrativa sobre la Intifada: el “fenómeno al-Jazeera”

Pero si la Segunda Intifada tuvo esta repercusión en la cobertura predominante de los grandes medios occidentales, también consolidó una narrativa alternativa, primero de alcance regional y más tarde de proyección global. Esta narrativa alternativa estuvo representada por el “fenómeno al-Jazeera” (Zayani, 2005).

Mohamed Zayani hace un minucioso análisis del surgimiento y evolución de al-Jazeera, introductorio a un libro colectivo que estudia su rol en diversos procesos de la historia reciente de Medio Oriente. El autor advierte su vínculo –y dependencia financiera– con el gobierno de Qatar –del que es un instrumento de soft power– pero también su independencia relativa en términos informativos en asuntos que no afectan de forma directa al gobierno que sostiene la cadena. Analiza, luego, la construcción de su credibilidad y aceptación por el público, como una cadena capaz de brindar primicias desde el lugar de los hechos –“periodismo intrépido”–, de contrarrestar las narrativas occidentales y de llegar a todo el mundo árabe a través de su señal satelital y una lengua árabe estándar, neutra, comprensible por todos, mediante el trabajo de un personal de periodistas y técnicos experimentados, a menudo reclutados de corresponsalías de medios

occidentales. El punto de inflexión en su prestigio se dio durante su cobertura de la invasión a Afganistán en 2001. En cuanto a su estilo, el autor observa una sobreexposición informativa a sus espectadores, a menudo con imágenes impactantes, que tiene el efecto contraproducente de insensibilización y le ha hecho merecedora de acusaciones de sensacionalismo. Se ha caracterizado por un tono crítico con el intervencionismo de Estados Unidos en la región y respecto de la política israelí, lo que le ha valido sucesivos boicots y ataques por parte de estos países a sus periodistas e instalaciones, así como proyectos de ambas naciones para crear cadenas alternativas en árabe capaces de competir con al-Jazeera. Respecto a la cobertura de la Segunda Intifada el autor afirma que al-Jazeera hizo énfasis en la exhibición del asedio con fuerza desproporcionada (en particular la aviación) a las ciudades palestinas, y fue importante catalizador de la solidaridad en el mundo árabe con los palestinos. El caso icónico de la muerte de [Muhammad al-Dura](#) tuvo un lugar central, sumada incluso a la promoción del canal. La cadena fue criticada por medios occidentales por la excesiva victimización de los palestinos y la construcción de un martirologio. Con todo, al-Jazeera fue excepcional entre los medios árabes por presentar con asiduidad fuentes israelíes.

Otro análisis relevante acerca de las estrategias de la cobertura televisiva de la Intifada lo ofrecen [Wolfsfeld, Frosh y Awabdy \(2008\)](#), quienes identifican en medios palestinos e israelíes dos modos de encuadrar las noticias, uno tendiente a la victimización y otro de tipo defensivo. Los autores sostienen que la televisión israelí optó por el primer encuadre ante los atentados de Hamas, lo que implicaba un alto nivel de emocionalismo, personalización de las víctimas, alusión a la solidaridad nacional y demonización del enemigo. Frente a los ataques israelíes en que resultaron muertos civiles palestinos, por el contrario, se optó por el segundo encuadre, reduciendo los niveles de emocionalismo, adoptando un lenguaje más analítico y técnico, con citas a fuentes militares que aludían a estrategias reactivas frente a ataques del enemigo, y marcando una mayor distancia informativa. Los autores observan la estrategia opuesta en los medios palestinos en cada caso y advierten cierta rutinización de los encuadres.

Esta rutinización de los encuadres sedimentó formas de conceptualizar a los actores y la dinámica del conflicto que tuvieron alcance global. Mientras los medios occidentales tendieron a replicar visiones cercanas a las del gobierno de Israel, el proceso de globalización de señales como al-Jazeera —con la creación de su canal en inglés en 2006 y la señal en español que existe desde 2015— hizo más accesible una narrativa alternativa.

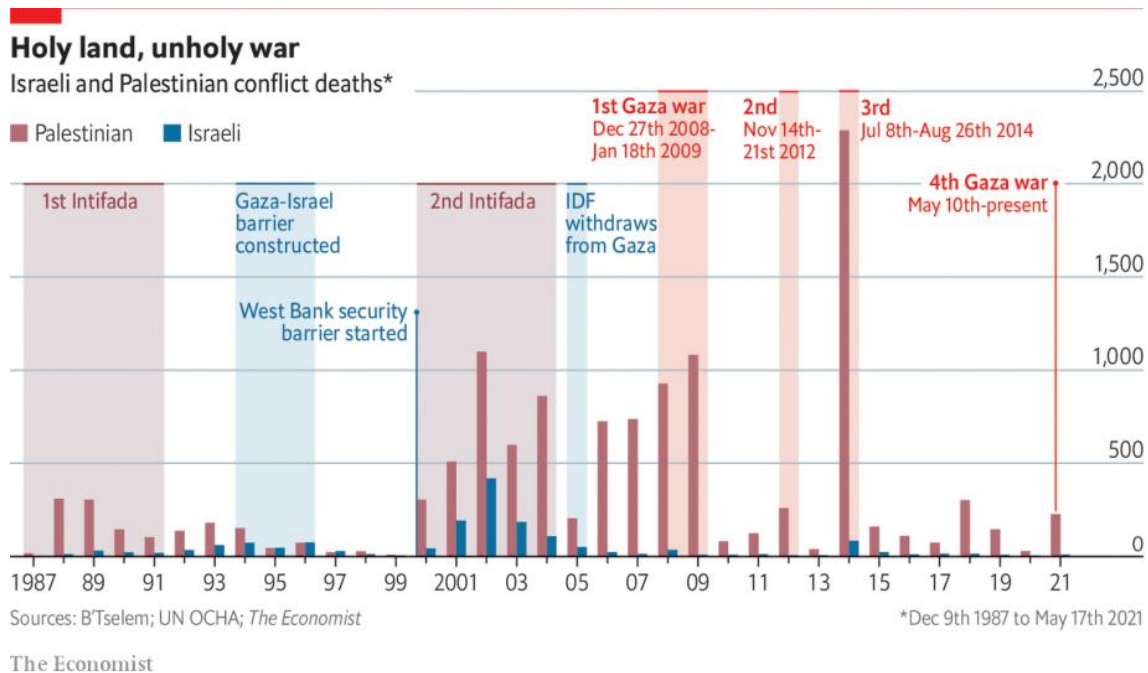
Se trataba de encuadres disponibles en el momento en que el conflicto en Gaza adoptó la dinámica que permite comprender el proceso iniciado en octubre de 2023.

Cobertura de los ciclos de ataque israelí a Gaza anteriores a 2023

La victoria electoral de Hamas en las elecciones palestinas de 2006 y los posteriores choques armados con Fatah, la organización que controlaba la Autoridad Palestina desde 1993, desembocaron en lo que podríamos considerar una “guerra civil palestina”. Sin llegar a un acuerdo de reconciliación —a pesar de varios intentos mediados por Egipto y otros países de la región entre 2011 y 2017—, la desescalada de hostilidades llegó a partir del establecimiento de un status quo: Hamas obtuvo el control de Gaza al tiempo que la Autoridad Palestina hegemonizada por Fatah mantuvo el gobierno de la parte no ocupada por Israel de Cisjordania. Con todo, 2006 marcó un hito en el debilitamiento del sector secular del nacionalismo palestino representado por Fatah y el auge de los sectores islamistas.

La división del nacionalismo palestino y el citado status quo permitió a los gobiernos israelíes desplegar dos estrategias para enfrentar al nacionalismo palestino: en Cisjordania se fortaleció la presencia militar israelí, la fragmentación del territorio y se estimuló la instalación de asentamientos de colonos que hostigaban a la población civil palestina; en Gaza se optó por un férreo cierre de las fronteras y bloqueo económico, al tiempo que se desarrollaron operaciones militares esporádicas dirigidas a debilitar a Hamas pero que supusieron destrucción de infraestructura y aumento de las muertes civiles. Comenzando por la primera intervención militar israelí en 2006, se dieron ciclos de ataques en 2008-2009, 2012, 2014 y 2021, aunque hubo choques esporádicos de menor alcance fuera de esas coyunturas.

El encuadre de los medios de estas sucesivas operaciones militares, tributario en buena medida de las estrategias informativas de la Intifada, constituye un antecedente relevante para comprender la postura de los medios en torno al 7 de octubre de 2023.



[Laura Aguiar \(2009\)](#) realiza un análisis comparativo de la cobertura de CNN y al-Jazeera de la coyuntura 2008-2009, en la que encuentra patrones similares a los analizados por Wolfsfeld, Frosh y Awabdy para la Intifada. Mientras CNN mayormente evitó entrevistar civiles y nutrió sus reportajes de periodistas extranjeros y algunos palestinos en el terreno, al-Jazeera desde el comienzo entrevistó civiles, priorizando mujeres, niños y ancianos, e incluso llegó a publicar videos caseros de bombardeos con un sonido ambiente que incluía personas gritando aterrorizadas. CNN, lejos de utilizar fotografías o videos de ese tipo, optó por una cobertura que incluía gráficas e infografías, líneas de tiempo y otros recursos más despersonalizados que buscaban sintetizar datos y dar contexto. Es interesante el análisis de la autora sobre las categorías utilizadas para designar el proceso: mientras que CNN optó por el término “crisis”, situándola en un contexto regional de agitación en Medio Oriente, al-Jazeera la denominó “guerra en Gaza”. “Crisis” en este contexto implicaba cierta minimización o relativización de la violencia, al tiempo que el encuadre regional la ubicaba en la construcción de un discurso sobre la inestabilidad endémica de la zona que disociaba el conflicto de sus raíces históricas como parte de la disputa palestino-israelí. “Guerra”, por su parte, implicaba el reconocimiento de la entidad de la confrontación, el destaque de su dimensión militar, pero al mismo tiempo recuperaba el discurso político de Hamas que presentaba su conflicto con Israel como una guerra de liberación. Este análisis ofrece la posibilidad de identificar continuidades en los encuadres, pero también cambios, en tanto actualmente la denominación “guerra” es muy discutida y rechazada por quienes prefieren dar cuenta de la asimetría del enfrentamiento.

En relación a los ataques israelíes de 2014, [Lee Artz \(2014\)](#) analizó en la cobertura del New York Times una tendencia a la omisión de hechos que aportaran a la contextualización histórica del conflicto, avalando así una narrativa de acción-reacción circunscrita a la coyuntura inmediata. También advirtió un “balance banal” entre dos bandos combatientes en nombre de la objetividad periodística y la presentación de “ambos lados” de la contienda. El adjetivo “banal” que utiliza el autor alude a la dinámica de “contar cohetes y muertos” sin advertir la asimetría de las partes en conflicto. Esta narrativa contribuía a la unificación de los bandos, presentados como actores monolíticos en los que se borraba la diversidad política y las corrientes de oposición interna. Pero uno de los aportes más importantes del trabajo es su análisis de la presentación de las fuentes. El autor contabiliza las ocasiones en que el New York Times citó fuentes israelíes que justificaban sus ataques, pero no registró en el diario ninguna fuente de Hamas que legitimara sus acciones. Las fuentes israelíes, por su parte, eran identificadas por sus nombres y su afiliación institucional en un 100% de sus apariciones, en contraste con un 42% de las palestinas: la individualización y la legitimidad institucional con que se rodeó a las fuentes israelíes contribuyó a dotarlas de credibilidad. Aunque el autor acepta que probablemente el medio tuviera pocos vínculos con Gaza y las fuentes palestinas le fueran menos accesibles, entiende que eso no deja de constituir un sesgo.

En su análisis de la cobertura en Reino Unido y Estados Unidos de los conflictos en Gaza, Luke Peterson (2015) introduce un contraste interesante: el autor sostiene que los medios tienden a representar el “alma israelí” y el “cuerpo palestino”. Analiza una serie de estrategias discursivas que construyen a los israelíes como un colectivo provisto de “alma”, lo que implica presentar a los actores con un trasfondo cultural profundo, un apego al territorio, una sensibilidad y sobre todo una espiritualidad observada desde un lente positivo. Esta representación de sujetos sensibles y afectados por una crisis existencial, por el miedo y la pérdida (incluso la pérdida material en el caso de los colonos evacuados de Gaza en 2005), contrasta con la representación de los palestinos. En el caso de estos últimos la religiosidad es vista desde un punto de vista negativo, asociada al fanatismo, pero sobre todo son marginados de esa construcción discursiva como sujetos con “alma”, presentados sin profundidad como cuerpos sufrientes. Por ello, aún cuando se represente su sufrimiento, este es físico: “los palestinos no sienten una pérdida metafísica, una crisis existencial o angustia espiritual por la pérdida de sus tierras y hogares” (Peterson, 2015: 239), sino un sufrimiento en su cuerpo.

Greg Shupak (2018), por su parte, analiza medios de los mismos países identificando tres encuadres complementarios a los que somete a crítica. En primer lugar, la narrativa de equiparación o de “dos bandos”, que no deja lugar para categorías relevantes en la comprensión del conflicto (limpieza étnica, ocupación, genocidio, apartheid). El segundo encuadre es el de la narrativa de “moderados contra extremistas”, que a su entender falla al no dar cuenta de una dinámica de dominación colonial israelí compartida por moderados y radicales, al tiempo que falla también en representar a los extremistas israelíes, depositando el radicalismo exclusivamente en los palestinos. Y finalmente la narrativa del derecho a defensa israelí, que excluye cualquier interpretación sustentada en la idea de resistencia palestina y su posible legitimidad.

Para 2021, tras varios ciclos de ataque israelí y agravamiento de la situación humanitaria en Gaza, el encuadre simétrico o de equiparación cambió de sentido y comenzó a verse con un tono más crítico. Medios árabes se distanciaron del encuadre del proceso como una guerra y optaron por otras categorías para conceptualizarlo, al tiempo que los medios occidentales lo mantuvieron.

En su análisis de la cobertura de la BBC y el New York Times, [Mohammed Amer \(2022\)](#) analiza abordajes tendientes a equiparar los bombardeos israelíes con cuantiosas bajas civiles con los ataques de cohetes al-Qassam de Hamas mayormente repelidos por la defensa israelí, en un relato de “víctimas en ambos bandos”. Asimismo, la atribución de causas tendía a la inmediatez: los ataques con cohetes desde Gaza eran presentados como el disparador del conflicto sin alusión a las causas más profundas de la resistencia palestina. Un aspecto importante que el autor analiza es el reiterado uso de la voz pasiva (ej.: “resultaron muertos”) al aludir a la violencia desplegada por el ejército israelí, como un mecanismo tendiente a desdibujar la identificación de los actores responsables de los hechos. Otro aspecto relevante resultante del análisis es el lugar otorgado a las fuentes: mientras las fuentes oficiales israelíes constituían citas de autoridad para dar cuenta de una explicación abarcativa, de un panorama amplio del conflicto, y por lo tanto jerarquizadas, las fuentes palestinas quedaban relegadas al lugar de respuestas emocionales a los acontecimientos. Un trabajo de académicos gazatíes ([Abu Hashish, Ismal y Abusaada, 2023](#)) profundiza algunos de estos argumentos para el caso de la cobertura de la BBC. Los autores analizan el lugar de las fuentes en las notas, constatando que las palestinas siempre aparecen luego de las israelíes y a menudo tras argumentos que relativizan la violencia israelí (ej.: referencias a las advertencias antes de los ataques).

En el análisis de la cobertura en 2023, algunos autores identifican continuidades y variantes. El [Damanhoury, Saleh y Lebovic \(2024\)](#) comparan en la BBC y al-Jazeera el uso selectivo de la voz activa y pasiva para visibilizar o soslayar a los actores detrás de ciertas acciones, la asiduidad en la aparición de fuentes israelíes o palestinas y el lugar que ocupan en la cobertura, así como las categorías negativas utilizadas. Sobre este último punto, se advierten algunos cambios respecto de otras coyunturas, como 2008-2009: la postura pro-palestina de al-Jazeera dejó atrás el encuadre del conflicto como una “guerra” –como adelantábamos anteriormente– para priorizar categorías como “limpieza étnica” y “genocidio”.

Sobre América Latina, los estudios se han orientado a describir y esbozar intentos de comprender la diversidad de posicionamientos frente al conflicto entre actores gubernamentales ([Rodríguez Pinzón, Mila-Maldonado y García-Mayoral, 2024](#)) o las solidaridades generadas, en especial a partir de los lazos establecidos por movimientos antiimperialistas en el continente ([Zimmering, 2024](#)). Respecto de los medios queda mucho trabajo por realizar, y los primeros acercamientos dan cuenta de prácticas de reproducción de la cobertura de agencias internacionales. Con todo, los pocos estudios que se han podido relevar asumen perspectivas algo ingenuas –y prescriptivas– sobre la objetividad informativa ([Vintimilla-León, 2024](#)), o simplistas sobre el despliegue del *lobby* sionista y el imperialismo cognitivo occidental sin un sólido trabajo con fuentes ([Russian, 2025](#)). El más acabado de estos análisis será retomado en el último apartado.

El uso de fotografías en prensa

Existen varios estudios dedicados al análisis del uso de la fotografía en la cobertura de prensa de los ciclos de enfrentamiento en Gaza. Dos de estos trabajos se centran en el análisis de la coyuntura 2008-2009 y coinciden en el hecho de que la construcción de una valoración social de la fotografía como objetiva, como más fiel representación de lo real, contribuye a que sus encuadres sean menos evidentes para quienes consumen los medios.

En su análisis de medios austríacos, alemanes y británicos, [Dobernig, Lobinger y Wetzstein \(2010\)](#) sostienen que las fotografías contribuyeron al nivel de involucramiento de los lectores con las noticias, disparando respuestas cognitivas y sentimentales frente a los hechos, incluso una mayor empatía. Además, facilitan la orientación al lector en la tarea de afrontar la nota periodística, a veces como un correlato o información

complementaria con lo escrito, pero en ocasiones también estableciendo un contraste, por lo que es importante analizar ambos lenguajes en su interacción. Los resultados de su análisis muestran que mientras los textos suelen visibilizar más a las fuentes y actores israelíes, gubernamentales y militares, las fotografías tienden a representar con más asiduidad a los civiles palestinos.

Puede argumentarse que esto constituye un intento de balance de la cobertura, pero no debe dejarse de lado los aspectos problemáticos: los civiles retratados en las fotografías, como víctimas sufrientes, al ser ubicados en este rol pueden disparar en los lectores respuestas empáticas de mayor involucramiento, pero al mismo tiempo son despojados de su agencia política y de una voz propia, en contraste con las fuentes israelíes.

[Fahmy y Newman \(2012\)](#), en relación a la misma coyuntura de 2008-2009 analizan los catálogos de las agencias internacionales AP, AFP y Reuters, cuyas redes de clientes convierten a sus fotografías en las más utilizadas a nivel global por los medios. Esto llama a problematizar el hecho de que la utilización de imagen en prensa suele estar mediada por un *pool* o un universo limitado de imágenes de las que los medios escogen aquellas que utilizarán, lo que puede implicar reproducir los sesgos de las agencias. El análisis de los autores busca establecer la medida en que las agencias privilegian un “periodismo de guerra” (la representación de beligerantes y víctimas sufrientes) o un “periodismo de paz” (la representación de negociaciones políticas), y el modo en que cada encuadre se materializa: el rol de los actores retratados (beligerante, víctima, negociador, protesta social), sus edades, las emociones y el daño físico captados por las fotos.

En relación a la coyuntura de 2014, [Jungblut y Zakareviciute \(2018\)](#) analizan las diferencias entre el encuadre del texto y la fotografía en las mismas notas, advirtiendo que estas últimas pueden apoyar narrativas o establecer relatos contrastantes. Advierten que la capacidad de las fotografías de ser decodificadas y transmitir algo a quienes las observan depende del manejo de ciertos códigos socialmente compartidos. Aunque esto pueda parecer obvio, es importante contemplar en el análisis la representación de símbolos capaces de transmitir sentidos de forma eficiente (banderas, emblemas, por ejemplo), así como las representaciones estereotipadas que por su repetición o por remitir a otras imágenes icónicas tienen igualmente gran capacidad de evocación. Así como la figura de un niño lanzando una piedra remite a las imágenes de la Primera Intifada y posee la capacidad de transmitir nociones asociadas a la insurrección social espontánea y la asimetría de poder, otras imágenes evocan diferentes nociones: por repetición, la escena

de un paisaje urbano en ruinas en un entorno costero árido es asociada rápidamente a la destrucción militar de Gaza, mientras figuras armadas con las caras cubiertas y vinchas o banderas con inscripciones en árabe –con la cobertura islamófoba del 11/S y el Estado Islámico mediante– suelen ser asociadas a nociones como terrorismo y violencia política irracional.

Los autores antes citados vuelven a identificar patrones similares a los que otros especialistas analizaron para la coyuntura 2008-2009: el encuadre textual y visual siguen trayectorias distintas, con el primero dando un mayor lugar a las fuentes y actores israelíes (“lado fuerte”) y el segundo un mayor lugar a los palestinos representados como víctimas (“lado débil”). Entienden que esto se ha instalado en los medios internacionales en un patrón para la cobertura de conflictos asimétricos, que excede al caso palestino-israelí. Sostienen, además, que la representación del sufrimiento civil no coincide necesariamente con una cobertura más receptiva del punto de vista palestino, sino con la búsqueda –en cierta medida sensacionalista– del impacto de la imagen, en especial en los primeros momentos del conflicto, un impacto que no logran las fotografías que representan, por ejemplo, los discursos de autoridades (“talking heads”). Los autores advierten que pasado este momento inicial en que predominan las imágenes de guerra, ganan mayor espacio aquellas que representan las negociaciones de alto al fuego y con ellas el predominio (66%) de los actores israelíes en las fotografías.

Además de estas advertencias, el análisis de la construcción histórica de imaginarios, nos exige atender a otros aspectos relevantes: el diálogo de la fotografía con otros recursos visuales y audiovisuales de circulación pública, que constituyen la “iconósfera” de una época (Bezerra de Menezes, 2003). Esta iconósfera contribuye a sedimentar símbolos y estrategias visuales recurrentes, y por ello colabora con una más inmediata decodificación de las imágenes asociadas a determinadas ideas y valores. Al mismo tiempo, nos llama a estar atentos a la reutilización, descontextualización, recontextualización y resignificación de las imágenes.

Repensar los encuadres, problematizar categorías

Tanto [Gretchen King y Denijal Jegić \(2024\)](#) como [Martín y Lucas Martinelli \(2010\)](#) identifican un sesgo orientalista (tomando el término de Edward Said, 2002, 1997) en la

cobertura del conflicto palestino-israelí por parte de los grandes medios internacionales, que prioriza un repertorio de categorías para designarlo y darle sentido, al tiempo que elude otras. Algunas de esas categorías merecen un breve abordaje.

Guerra

El encuadre del proceso como una guerra es resistido por numerosos actores, desde las organizaciones sociales críticas con el Estado de Israel y solidarias con las reivindicaciones nacionales palestinas, hasta instituciones internacionales que velan por los derechos humanos. No obstante, esto es relativamente novedoso, ya que las organizaciones políticas palestinas –islamistas y seculares– y actores internacionales solidarios con ellas, no dudaron en concebir su lucha como una lucha e incluso una guerra de liberación nacional, en base a criterios más propios de la era de auge del antiimperialismo y la descolonización en los años setenta. La creciente asimetría de poder y los ataques sistemáticos contra la población civil por parte de Israel han contribuido a abandonar este encuadre. El hecho de que a partir de 1987 el principal desafío a la ocupación israelí proviniera de la insurrección civil antes que de las organizaciones militares, hizo que la categoría *guerra* fuera al menos insuficiente para analizar el conflicto. Incluso este último término, *conflicto*, es discutido como equiparador de dos partes y capaz de negar la asimetría existente en un escenario colonial (Ramos Tolosa, 2021). Y es que desde ámbitos académicos, a partir de un abordaje decolonial del proceso, la categoría de *guerra* también ha sido sometida a crítica.

Con todo, el concepto de *guerra* se ha resignificado a nivel académico en las últimas décadas. El fin de la era de las guerras mundiales y la caída de la Unión Soviética agotaron el clásico concepto de guerra total propio del siglo XX, que si bien suponía el involucramiento de toda la sociedad y el fenómeno del partisanismo, mantenía a los ejércitos convencionales como actores principales de la confrontación. Las guerras del siglo XXI, a menudo conceptualizadas con adjetivos (*nuevas*, *contemporáneas*, *asimétricas*), suponen una mayor atomización de actores, con la proliferación de ejércitos no convencionales con gran capacidad militar (a veces equiparable a la de Estados) y del fenómeno del mercenarismo, la emergencia de nociones de “enemigo difuso” o “equivalente”, e incluso el avance de la “guerra tecnológica” que quita relevancia a la presencia de efectivos sobre el terreno (Ceceña, 2023). No obstante, muchas de estas

definiciones provienen a menudo de los centros hegemónicos –como el Pentágono– que buscan aprehender los múltiples desafíos a los que se enfrentan.

Colonialismo, colonialismo de asentamiento, ocupación

Como evidencia el recorrido de las páginas anteriores por los estudios sobre la cobertura del conflicto en medios, existe una tendencia a un abordaje de equiparación, que remite mayormente a la coyuntura inmediata. Este tipo de abordaje no deja lugar a categorías como *colonialismo* o *colonialismo de asentamiento*. Sin embargo, una parte importante de la literatura académica ha adoptado estas categorías como claves para comprender la historia del conflicto. Con todo, persisten discusiones sobre en qué momentos el proyecto sionista adquirió características de un colonialismo clásico o de metrópoli, y cuándo puede ser considerado un colonialismo de asentamiento cuyo objetivo último es el desplazamiento de un *otro* definido en términos étnicos. La casi total focalización de la cobertura en Gaza facilita el relegamiento de estas categorías: al tener unas fronteras más definidas desde 2005 y estar desde 2007 bajo control de Hamas, Gaza puede ser más fácilmente considerada un territorio soberano, distinto de Israel, lo que favorece la narrativa de equiparación. No obstante, las autoridades de Gaza no controlan sus fronteras, su espacio aéreo o aguas territoriales, entre otros atributos de un Estado soberano. Su disociación de la dinámica de ocupación de Cisjordania, que recibe mucha menos atención mediática, colabora a soslayar la conceptualización en términos de colonialismo. Es justamente en Cisjordania donde esas fronteras continúan definiéndose unilateralmente mediante el avance de muros, carreteras de circunvalación y sobre todo asentamientos ilegales.

Para una discusión más extensa de estas categorías puede consultarse este material ([clic para ver](#)).

Limpieza étnica

Ésta suele ser una categoría subsidiaria a la de colonialismo de asentamiento: si el colonialismo de asentamiento implica la sustitución de una población nativa por parte de otra colonizadora, la limpieza étnica es un instrumento para lograr ese objetivo. Aunque puede implicar actos de matanza y estar motivada por los mismos objetivos, y aunque constituye también un crimen contra la humanidad según el Estatuto de Roma, no es

estrictamente equivalente a genocidio. Suele considerarse la guerra de 1948 como el marco en que Israel desarrolló una limpieza étnica en el territorio (Papé, 2008), en lo que los palestinos denominan *nakba*.² Sin embargo, dado que los procesos de expulsión continuaron con menor intensidad en las décadas siguientes y que puede postularse una continuidad respecto de la dinámica colonial de 1948 y la actual, existen discursos que aluden a una “*nakba* continua”. Lo cierto es que las matanzas, la movilización forzada de población y los proyectos para “realojar” a los palestinos de Gaza, pueden conceptualizarse como parte de una limpieza étnica, pero para ello es preciso trascender la narrativa equiparadora de acción-reacción anclada a la coyuntura más inmediata, y ver por el contrario el proceso en una perspectiva histórica mayor.

Genocidio

Este concepto ha ganado espacio, tanto en el discurso político como en el debate académico, a partir de la invasión israelí a Gaza en 2023. Existe una definición jurídica, más restrictiva, que implica la voluntad de destruir total o parcialmente a un grupo nacional, étnico o religioso, y que incluye el sometimiento a condiciones de vida que puedan acarrear esa desaparición. En esta definición es preciso probar tanto intenciones como actos. Diversos informes internacionales (como el “[Informe Albanese](#)” de la relatora especial de las Naciones Unidas para Palestina) o investigaciones de organizaciones sociales han documentado estos aspectos. Destacan el proyecto [Law for Palestine](#) que recopila discursos de incitación al genocidio y el informe de la organización de derechos humanos israelí B’Tselem titulado “[Nuestro genocidio](#)”.

Definiciones académicas más abarcativas, como la de Daniel Feierstein (2007) aluden a procesos más amplios de deshumanización del otro, seguidos de hostigamiento, persecución, humillación, aislamiento y debilitamiento del entramado social (a menudo incluyendo guetización), que llevan a la posterior aniquilación física coronada por negación y ocultamiento. Esta definición permite considerar el proceso en una

² Existen autores que cuestionan esta precisión (King y Jegić, 2024) al considerar la *nakba* como un hecho constatado. Lo cierto es que el término más preciso es *limpieza étnica*. De la misma forma en que el genocidio perpetrado por los nazis es llamado *holocausto*, este último es un término con una evocación religiosa y una carga simbólica que trasciende el término más analítico de genocidio. Algo equiparable sucede con el vínculo entre *nakba* y limpieza étnica.

temporalidad más amplia, aunque pueda considerarse que el paso hacia una sistemática aniquilación física se diera a partir de 2023.

También genocidio puede ser una categoría subsidiaria de *colonialismo de asentamiento*, como ha propuesto una literatura más reciente que busca trascender la excesiva vinculación de las prácticas genocidas con sus expresiones arquetípicas en Europa (genocidio armenio, genocidio nazi). Autores como Donald Bloxham (2005) y Dirk Moses (2008) consideran las prácticas genocidas como indisociables del fenómeno imperialista europeo, ya que fue en territorios coloniales en los que primero se practicaron y se sistematizaron.

Extremismo, terrorismo, islamismo

La retórica equiparadora a menudo presenta el conflicto como un enfrentamiento entre extremismos. En un doble juego de orientalismo, el extremismo es a menudo asociado a los grupos políticos palestinos y a los ciudadanos orientales (mizrajíes) en Israel.

En el caso de los palestinos *extremismo* y *terrorismo* a menudo son conceptos intercambiables, lo que entraña varios peligros. El primero es el de designar a un actor por una parte de su repertorio de acción –los actos terroristas–, eludiendo su identificación en base a sus ideas y proyectos políticos, en función de los cuales dichos actores definen y despliegan sus repertorios de lucha. Esto favorece la adjudicación de irracionalidad a estos actores. El segundo peligro es el de tomar la parte por el todo: aunque la confrontación más sonada es la de Israel con Hamas, esta última organización no encarna la totalidad del espectro político palestino. Finalmente, entraña el peligro –al usarse a menudo lenguaje religioso– de asociar de forma indisoluble el concepto islamismo al de terrorismo.

Algunas orientaciones analíticas

Un aspecto importante a tener en cuenta es la presentación de los actores y sus acciones. En este caso es importante preguntarse:

- ¿El actor es personalizado, individualizado? ¿Forma parte de un colectivo (instituciones, organizaciones) o es mencionado con denominaciones genéricas (ej.: musulmanes)? En el caso de actores colectivos: ¿se les adjudica atributos

propios de agentes individuales? (Hamas o Israel, “piensan”, “sienten”, por ejemplo). Y en estos casos: ¿puede atribuirse ello a la economía del lenguaje o tiene un alcance más amplio? ¿Puede considerarse un recurso para reforzar nociones de unidad de propósito, cohesión nacional o similares?

- ¿Cómo es presentado el actor? ¿Se enfatizan algunos de sus rasgos (edad, género), o se los presenta en relación a su función social o rol oficial? En caso de actores colectivos: ¿son cuantificados o se alude a su importancia o peso social, su representatividad?
- ¿Se utiliza algún mecanismo para enfatizar la otredad y la definición de un nosotros? En este contexto, mecanismos discursivos de “orientalización”, son importantes.
- En caso de que la identificación de los actores no sea clara: ¿se hace referencia a grupos anónimos? ¿o bien hay omisión del agente bajo fórmulas despersonalizadas (el terrorismo, la violencia)? ¿Cuál es el objetivo subyacente de esa omisión?
- ¿Cuál es el “agente” y cuál el “paciente” en el abordaje del proceso? ¿Existen recursos lingüísticos para desdibujar estos roles? Por ejemplo, el uso de la voz pasiva (“fue atacado”) o la sustitución de verbos por sustantivos (en lugar de “civiles fueron asesinados” se prefiere “el asesinato de civiles”).

Muchos de estos recursos pueden ponerse en juego para favorecer diferentes encuadres de los hechos que se informan. La voz pasiva, la presentación de actores institucionales motivados por una razón de Estado, la presentación del rol oficial de los actores, la personalización de la nación, son algunos de los recursos movilizados en un encuadre de las acciones israelíes como reactivas, motivadas por la necesidad de seguridad del Estado, cuyos móviles son referidos a partir de citas de autoridad de figuras oficiales, y en las que se desdibujan las responsabilidades individuales y se representa un consenso nacional. La mayor personalización, la presentación de algunos atributos como la edad o el género, la descripción del rol social (médicos, maestros que sirven a la población civil), suelen ser algunos mecanismos para representar mejor el lugar o la perspectiva de las víctimas.

Vinculado a lo anterior, es necesario prestar atención a algunos recursos retóricos y las intenciones subyacentes a ellos. A menudo implican también un uso impreciso de ciertos conceptos. La sinécdoque es uno de esos recursos: nombrar a Hamas como encarnación de la resistencia palestina implica una sinécdoque y a la vez una imprecisión que puede

ser deliberada, ya que constituye una facción del nacionalismo palestino y una (entre otras) postura política en la lucha por la autodeterminación. La metonimia puede ser un recurso utilizado para encubrir la agencia. Siguiendo con el ejemplo anterior, “la resistencia de Gaza” contra Israel puede ser una fórmula que desdibuje el hecho de que las milicias de Hamas son las que desarrollan la resistencia armada en el territorio. La hipérbole o determinadas formas de adjetivación pueden transmitir diferentes abordajes de un hecho: “ataques sangrientos” u “operaciones estratégicas” pueden constituir dos formas hiperbólicas y con sentidos muy disímiles de describir ataques esporádicos o poco organizados.

Luego, el manejo del grado de certeza, de compromiso o distancia respecto de las afirmaciones, opiniones o acciones de los actores constituyen también dimensiones relevantes a analizar. La presentación de una afirmación sin matizar, o bien la aparición de matices que introducen un menor grado de certeza (“quizá”) o adjetivos como “presunto” son elementos relevantes a tener en cuenta. La aparición –algo más rara pero de ninguna manera inexistente– del tono imperativo, de frases prescriptivas respecto de los actores (“debería”, por ejemplo), evidencia un involucramiento mayor respecto a los procesos por parte de los medios. La cercanía o identificación, o la distancia respecto de las opiniones de los actores o de los testimonios de las fuentes es también un elemento importante a analizar, aunque no haya fórmulas obvias. Dejar hablar a los actores a través de citas entrecomilladas puede suponer una sintonía con los argumentos de las fuentes o una distancia crítica, que puede interpretarse al analizar el contexto de la nota y la forma en que la fuente es presentada. Algo similar sucede con la glosa de la fuente, que puede indicar la asimilación de sus opiniones en el discurso del periodista, incluso hasta el grado de volverse indistinguibles, mientras que en otras ocasiones permite introducir elementos de distanciamiento crítico, contrastación o incluso refutación de las afirmaciones de la fuente.

Esto nos lleva a un último aspecto importante que es la propia selección y jerarquización de las fuentes, y los modos en que se utilizan. Hemos recorrido varios análisis de medios que evidencian un sesgo favorable a la presencia de fuentes israelíes y dentro de ellas de fuentes oficiales, en un claro desbalance con fuentes palestinas. Esto es un elemento bastante evidente en el análisis, pero existen otras dimensiones a considerar. En ocasiones el desbalance en las fuentes no es cuantitativo sino cualitativo, derivado del tipo de fuentes citadas y la forma en que se presentan: el contraste entre fuentes “especialistas”,

dotadas de cierta legitimación social o claramente individualizadas y presentadas en su rol de tales, pueden ser minoritarias en una nota pero tener un peso cualitativo mayor que una variedad de fuentes menos legitimadas y menos individualizadas, o bien presentadas con una distancia crítica como más parciales o menos confiables. El contraste entre especialistas que presentan el panorama del proceso (“big picture”) y testimonios civiles que dan cuenta del sufrimiento cotidiano desde lo vivencial es un ejemplo de esto. Las narrativas que depositan la racionalidad en Israel y su razón de Estado, y en contaposición el fanatismo religioso en Hamas; o bien el contraste entre el “alma” de los israelíes y el “cuerpo” de los palestinos al que se refiere Luke Peterson, se valen de este tipo de desbalances cualitativos entre las fuentes. En nombre de la objetividad no ignoran o marginan a las fuentes palestinas, pero las ubican en un lugar de menor legitimidad.

Selección de fuentes

Como base para un análisis de la cobertura en medios uruguayos de este conflicto se ofrece un relevamiento de dos medios, *la diaria* y *El País* entre octubre de 2023 y octubre de 2025. Para facilitar el análisis se distinguieron algunas coyunturas que se consideraron relevantes:

- 1) 7 al 27 de octubre de 2023: ataque de Hamas e invasión israelí. Israel llama a moverse al sur, inicio de la ofensiva terrestre.
- 2) 15 de noviembre de 2023: Israel ataca hospital en Gaza.
- 3) 4 de diciembre de 2023: Ataque a Jan Yunis.
- 4) 25 de diciembre de 2023: Bombardeo aéreo israelí en Gaza, 250 muertos.
- 5) 26 de enero de 2024: La Haya señala que existe genocidio israelí.
- 6) 29 de febrero-1 de marzo de 2024: Asesinato de palestinos en cola para provisión de alimentos, marcha por Palestina en Uruguay.
- 7) 1-19 de abril de 2024: Escaramuzas Irán-Israel, asesinato de miembros de ONG en Gaza.
- 8) 7 de mayo de 2024: Ejército israelí entra en Rafah.
- 9) 2-4 y 13 de julio 2024: Israel ordena evacuación de ciudades del sur, bombardeo de Yenin (Cisjordania), ataque israelí a “zona segura”.
- 10) 1 de agosto de 2024: Israel mata líder militar de Hamas.
- 11) 28 de setiembre de 2024: Israel asesina a líder de Hizbolá.
- 12) 7 de octubre de 2024: Primer aniversario de ataques de Hamas, nuevo ataque a hospital en Gaza.
- 13) 21 de noviembre de 2024: Orden de detención de la CIJ a Netanyahu.

- 14)** 15-19 enero de 2025: Alto al fuego y liberación de rehenes.
- 15)** 13-23 junio de 2025: Guerra entre Israel e Irán.
- 16)** 29 setiembre de 2025: Plan de Trump para Gaza.
- 17)** 7-13 octubre de 2025: conmemoraciones de los sucesos de 2023, viaje de Trump a Israel y liberación de rehenes. Uruguayos en flotilla Sumud.

En [este link](#) se puede encontrar la planilla de relevamiento de notas de prensa.

Bibliografía

Flapan, Simha (1987), *The birth of Israel. Myths and realities*, Nueva York: Pantheon Books.

Abu Hashish, Yousef; Ismail, Ahmed; Abusaada, Husam (2023), “BBC coverage of the aggression on Gaza 2021: critical discourses analysis of Arabic and English versions”, *Komunikator*, vol. 15, nº 1, pp. 54-67.

Aguiar, Laura (2009), “Framing a global crisis: an análisis of the coverage of the latest Israeli-Palestinian conflict by Al-Jazeera and CNN”, *Estudos en Comunicação*, nº 6, pp. 1-17.

Amer, Mohammed Mosheer (2022), “BBC and New York Times’ coverage of the May 2021 Israeli onslaught on Gaza: a critical discourse analysis”, *International Journal of English Linguistics*, vol. 12, nº 5, pp. 1-18.

Artz, Lee (2014), “Banal balance, selective identification and factual omissions: The New York Times Coverage of the 2014 war in Gaza”, *Journal of Arab & Muslim Media Research*, vol. 7, nº 2, pp. 1-30.

Aziz, Sahar; Esposito, John (eds.) (2024), *Global islamophobia and the rise of populism*, Nueva York: Oxford University Press.

Bezerra de Meneses, Ulpiano (2003), “Fontes visuais, cultura visual, História visual. Balanço provisório, propostas cautelares”, *Revista Brasileira de História*, vol. 23, nº 45, pp. 13-36.

Bloxxham, Donald (2005), *The great game of genocide. Imperialism, nationalism, and the destruction of the Ottoman Armenians*, Nueva York: Oxford University Press.

Brydon, Steven (2022), *American propaganda from the Spanish-American War to Iraq. War stories*, Londres: Lexington Books.

Ceceña, Ana Esther (coord.) (2023), *Las guerras del siglo XXI*, Buenos Aires: CLACSO.

Dobernig, Karin; Lobinger, Katharina; Wetzstein, Irmgard (2010), “Covering conflict: differences in visual and verbal news coverage of the Gaza crisis 2009 in four weekly news media”, *Journal of Visual Literacy*, vol. 29, nº 1, pp. 88-105.

Dor, Daniel (2004), *Intifada hits the headlines. How the Israeli Press misreported the outbreak of the Second Palestinian Uprising*, Bloomington: Indiana University Press.

Dray, Joss; Sieffert, Denis (2004), *La guerra israelí de la información. Desinformación y falsas simetrías en el conflicto palestino-israelí*, Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.

El Damanhoury, Kareem; Saleh, Faisal; Lebovic, Madeleine (2024), "Covering the Israeli-Palestinian conflict: a critical discourse analysis of Al Jazeera English and BBC's online reporting on the 2023 Gaza War", *Journalism and Media*, vol. 6, nº 1, pp. 2-16.

Fahmy, Shahira; Neumann, Rico (2012), "Shooting war or peace photographs? An examination of newswires' coverage of the conflict in Gaza (2008-2009)", *American Behavioral Scientist*, vol. 56, nº 2, pp. 1-26.

Feierstein, Daniel (2007), *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Friel, Howard; Falk, Richard (2007), *Israel-Palestine on record. How the New York Times misreports conflict in the Middle East*, Londres: Verso.

Grinberg, Lev Luis (2011), *Política y violencia en Israel/Palestina. Democracia versus régimen militar*, Buenos Aires: Prometeo

Huntington, Samuel (2001), *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Buenos Aires: Paidós.

Ismail, Amani (2008), "Mission statehood: portraits of the second Palestinian intifada in US news media", *Media, War & Conflict*, vol. 1, nº 2, pp. 177-201.

Jungblut, Marc; Zakareviciute, Ieva (2018), "Do pictures tell a different story? A multimodal frame analysis of the 2014 Israel-Gaza conflict", *Journalism Practice*, online: <https://doi.org/10.1080/17512786.2017.1412804>

King, Gretchen; Jegić, Denijal (2024), "Editar Palestina: sesgo mediático en los manuales de estilo periodístico", *Revista Latina de Comunicación Social*, nº 82, pp. 1-20.

Martinelli, Lucas, Martinelli, Martín (2010), "El conflicto israelo-palestino desde los medios masivos de comunicación. Su relación con el rol de Israel en la política exterior estadounidense en Medio Oriente", *Actas de las IV Jornadas Experiencias de la Diversidad. III Encuentro de Discusión de Avances de Investigación Sobre Diversidad Cultural*, CEDCU-Universidad Nacional de Rosario, 9-11 de junio de 2010.

Moses, Dirk (2008), *Empire, colony, genocide. Conquest, occupation, and subaltern resistance in world history*, Nueva York: Berghahn Books.

Pappé, Ilan (2008), *La limpieza étnica de Palestina*, Barcelona: Crítica.

Peterson, Luke (2015), *Palestine-Israel in the print news media. Contending discourses*, Londres: Routledge.

Pozas, Víctor (2012), "Hasbará: estrategias de comunicación de Israel", *Pueblos*, nº 52, pp. 9-13.

Ramos Tolosa, Jorge (2021), "¿Por qué Palestina-Israel es una cuestión de colonialismo de asentamiento?", *Ayer*, vol. 124, nº 4, pp. 135-161.

Rodríguez Pinzón, Érika; Mila-Maldonado, Andrea; García-Mayoral, Álvaro (2024), “América Latina ante el conflicto en Gaza: a un año del 7 de octubre”, *Documento de Trabajo – Fundación Carolina*.

Russian, Evelyn (2025), “La cuestión palestina en los medios de comunicación: entre desinformación y resistencia”, *Posición*, nº 13, pp. 1-9.

Said, Edward (1997), *Covering Islam. How the media and the experts determine how we see the rest of the world*, Londres: Vintage Books.

Said, Edward (2002), *Orientalismo*, Barcelona: Debolsillo.

Shohat, Ella (2004), “A conversation with Rashid Khalidi”, en: Ross, Andrew; Ross, Kristin (eds.), *Anti-Americanism*, Nueva York: New York University Press.

Supak, Greg (2018), *The wrong story. Palestine, Israel and the media*, Nueva York: OR Books.

Vintimilla-León, Diego (2024), “Cobertura Latinoamericana: análisis del conflicto Israel-Palestina”, *Papel de Trabajo – Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador*.

Wolfsfeld, Gadi; Frosh, Paul; Awabdy, Maurice (2008), “Covering deaths in conflicts: coverage of the Second Intifada on Israeli and Palestinian television”, *Journal of Peace Research*, vol. 45, nº 3, pp. 401-417.

Zayani, Mohamed (ed.) (2005), *The Al Jazeera phenomenon. Critical perspectives on new Arab media*, Londres: Pluto Press.

Zimmering, Raina (2024), “América Latina y la guerra de Gaza: posición entre lucha de clases, conflicto Norte-Sur y transformación del poder global”, *Mundos Plurales*, vol. 11, nº 2, pp. 206-229.